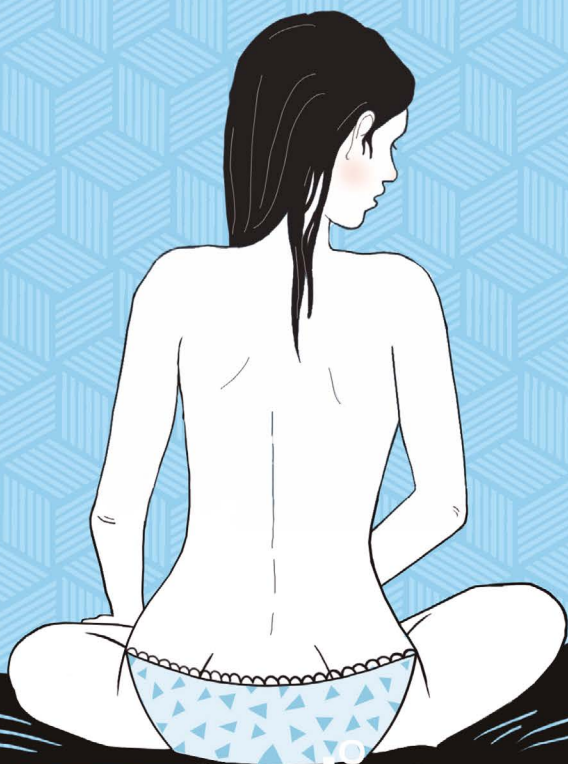


Miriam Ugalde

Mi laberinto favorito.



endira

**¡Gracias por empezar a leer las
primeras páginas de este título!
Te doy un trato preferente porque lo
mereces, disfruta de esta lectura y no
te pierdas la oportunidad de tener este
gran libro en tus manos.**

**Saludos,
Editorial Endira**

1

La conocí una noche de invierno. He de confesar que me pareció una mujer interesante, demostraba sensualidad por todos lados. Podía lograr que cayera rendida a costa de su mirada y no por el tamaño de su pecho o de su cintura. La locura y espontaneidad que había en su forma de ser fue lo que me atrapó. En ella había algo más; detalles que, a pesar de ser tan lógicos e inevitables, el resto no lograba percibir.

Su sonrisa fue la mejor arma, he de admitir. También esa forma de caminar y de hablar, esos ojos intimidantes que no podía dejar de ver sin que me dieran ganas de acercarme. Absolutamente todo de esa mujer cautivó mi atención.

Mientras yo disfrutaba mirarla, ella reía a carcajadas como una niña malcriada. No puedo negar que se me escapaba una sonrisa burlona de vez en cuando. Su risa me contagiaba.

Comenzó a mirarme de repente. Al principio mantuve el control, porque no sería la primera vez que me pasaba. Siempre alucinas que las personas te observan, que coquetean contigo, y no necesariamente es así. A pesar de estar consciente de eso, la curiosidad no me dejaba, no podía evitar regresarle la mirada. Tuve valor y sonreí. Ella respondió con una sonrisa y se dirigió hacia mí. Pensé que había sido una completa idiota por ser tan obvia y darme aires de valiente; en realidad no lo era tanto, así como acostumbraba a presumir.

Comencé a ponerme nerviosa y no supe qué hacer. Dejé de verla y bajé la mirada mientras sonreía sin querer. Las manos me temblaban. Llegó hasta a mí, y lo único que pude hacer fue

desvestirla con una mirada coqueta y descarada. Fue mi mejor táctica.

—¿Acaso coqueteas conmigo? —preguntó.

—Supongo que debo pensar muy bien mi respuesta —dije—. Si te digo que sí, puedes huir y eso implicaría dejar de admirarte; si digo que no, podría entablar contigo una conversación en la que conseguiría descubrir cosas interesantes sobre ti y eso es un punto a mi favor —le dije sonriendo irónicamente—. Así que te pregunto yo, ¿acaso es necesario darte una respuesta?

Se le escapó una sonrisa.

—Has resultado ser inteligente y atrevida, nada tímida, tal como imaginé.

—Y tú has resultado ser un misterio, tal como lo noté desde un principio.

—Dejémonos de rodeos, que no me agradan. ¿Qué buscas?

—Busco muchas cosas en ti. Una infinidad, para serte franca.

—De seguro no es la primera vez que dices eso —dijo indiferente y segura.

—Seré sincera. No es la primera vez que lo digo, eso lo sabemos, pero puedo asegurarte que jamás me había cautivado tanto una mujer. Nunca tuve estas ganas inmensas de besar a alguien. Llámalo atracción, curiosidad o placer. Es lógico que; a simple vista, es lo único que alguien puede provocar. Todo lo demás son inventos basados en mentiras, es decir, sin una gota de realismo.

—Te doy la razón —respondió—. Me halaga provocar algo así en alguien como tú, sin embargo, puedo decir que tienes el poder de confundirme, mas no de convencerme, así que no

cantes victoria. Salgamos de aquí, he aguantado lo suficiente.

—Te sigo —incité.

Tomé el último sorbo de vino y agarré mis cosas.

Me encontraba sorprendida y emocionada, era como una chispa que crecía dentro de mí, una maldita bomba de emociones que estallaría. Esa mujer era una locura. Tenía que pensar las cosas con cautela, no podía enredarme tan fácil a ella. Pero nada me iba a detener porque necesitaba quitarme cada duda, sin importar que fuera poco a poco... con ella no tenía prisa, solo tenía claro que quería darle todos mis besos esa noche, conocerle de pies a cabeza. Probablemente eso fue un error.

Caminamos por un largo rato hasta que llegamos a su departamento. Ojalá nunca hubiera aceptado seguirla. Tal vez fue lo peor que pude hacer, o quizá resumirse como el suceso que me cambió por completo y le dio sentido a mis días. Me temblaba todo, cualquiera se habría burlado si me hubiera visto. Era patética, tanto como ahora.

Recuerdo que abrió la puerta del edificio y subimos hasta el último piso. Entramos y me dijo que me pusiera cómoda mientras ella se iba a cambiar. Me senté en el sillón y dejé mis cosas a un costado. Fue la espera más inquietante de toda mi vida. La cabeza me iba a estallar por tantas tonterías que pensaba. Comencé a aburrirme, ya había pasado alrededor de una hora y no salía de su habitación. Sentí que lo mejor era irme —aunque no niego que quería esperar para ver qué pasaba—, pero creí que solo eran ideas mías: su-

puse que aquella mujer había jugado conmigo y lo había hecho bien. Imaginé que me iba a dejar con ganas de todo.

Me agaché para tomar mis cosas, sostuve el suéter y al agarrar la bolsa se abrió y todo se cayó. «Maldita sea, te abres en el momento menos oportuno», pensé. Comencé a guardar mis triques, pero casi todos se habían quedado abajo del sillón. Me puse de rodillas para ver si podía sacarlos. De pronto la escuché.

—¿Te ayudo?

—No hay problema, ya casi termino —respondí.

—¿Segura? —insistió.

—Claro, te lo agradezco —dije mientras giraba lentamente.

Ojalá hubiera volteado antes.

Estaba desnuda. ¡Mierda! Aún recuerdo su figura tan delicada. Era muy provocativa su desnudez. «La haré mía», pensaba una y otra vez. Me levantó con las manos y me empujó hacia el sillón, se montó en mis piernas y comenzó a besarme. Sus besos eran dinamita, peligrosos como cualquier explosivo, pero necesarios para mis labios. No se detenía, y eso me encantaba. «Será una noche increíble, como ninguna otra», pensé.

Comenzó a desabrochar cada botón de mi blusa, con cuidado y despacio. Me miró y sonrió, se mordió el labio de manera sensual, creo que no había otra forma. Me giró, acarició mi espalda, desciñó mi sostén y, como una loca, le dio vueltas en el aire para después aventarlo. Podría revivir ese momento. Reímos mucho por aquel disparate. Se levantó y extendió su mano, la tomé y me

puse de pie. Se agachó y mi piel se erizó. Desabrochó el botón de mi pantalón con la boca, sus dientes bajaron poco a poco el cierre. Le divertía ver mis reacciones. Fue bajando mi pantalón con sus manos y acarició mis piernas. Comenzó a masturbarme. Disfrutaba mi mirada placentera. Lamió sus dedos, lo cual resultó muy excitante. No puedo explicar la pasión que causaba, todo lo que incitaba.

Se adueñó de mi cuerpo de una manera distinta. Cualquiera habría querido estar en mi lugar. Hizo de todas mis fantasías algo mejor, las hizo realidad. Logró que mi imaginación volara.

Creo que más plena no pude sentirme. Me llevó a la cocina, tomó una copa de la alacena, sacó el vino y sirvió un poco. Bebió solo un trago. Me quedé parada recargada en la puerta.

—¿Quieres?

Asentí.

—Ven, te daré un poco —dijo con risa burlona.

Me dirigí hacia ella mientras me escaneaba. No pude evitar reír de los nervios. Me senté en una silla, tomó un sorbo, lo mantuvo en su boca, abrió la mía con su mano e inclinó mi cabeza. Entonces me dio vino, el más delicioso trago de mi jodida vida. Me besó por mucho tiempo. Cuando me percaté ya estaba de pie, ella colgada a mi cuello no paraba de besarme. Tomó mi mano y me pidió que la tocara, que jugueteara con ella. Lo hice sin pensar dos veces. La cargué y la puse sobre la mesa, sus piernas abrazaban mi cintura.

Se recostó después de besarle el cuello, yo encantada la recorrí toda. En ese momento estaba hipnotizada por tanta belleza y tanto placer, todo

era increíble. Le hice sexo oral, el más largo de todas mis experiencias. Era imposible dejar de meterle la lengua para saborearla, estaba muy mojada. Pegaba unos gritos que me incitaban a no detenerme. Lo hice hasta el cansancio, mientras ella me tomaba de la cabeza y pedía que me quedara ahí. Fue encantador, exquisito. Seguro los vecinos envidiaron nuestra diversión. Cuando frené, comenzamos a besarnos de nuevo; los labios de esa mujer me volvían loca —no solo los de su boca—. Estuvimos disfrutándonos toda la noche. Después me llevó a su habitación, parecía que no tenía límites, que no se cansaba, y yo aprovechaba cualquier oportunidad para seguir. Sacó de su buró un vibrador y aseguró que con eso nos divertiríamos. Yo no tenía ninguna duda de que lo haríamos. Me lo metió una y otra vez hasta que me escurrí. Yo jugaba con ella, éramos imparables. Estábamos acostadas, dando vueltas mientras nos comíamos a besos. De pronto, nos caímos de la cama y reímos hasta que nos dolió el estómago, eso tampoco detuvo nuestras ganas. Comenzó a mordirme los pezones de forma tierna y suave. Perdió su boca en mi cuerpo otra vez.

Sillón, cocina, cama, suelo. «¿Qué seguía?», me pregunté. Nos bañamos. ¡Qué bonito tocarle todo! ¡Qué maravilloso! Había una tina, abrió la llave y dejó que se llenara. Nuestras miradas se cruzaban, no podíamos dejar de sonreír.

Quería preguntarle tantas cosas, tenía muchas dudas. Quería saber de dónde era, a qué se dedicaba, si era soltera o casada, su nombre al menos. De pronto ella rompió el silencio.

—¿Lo estás disfrutando como yo? —susurró.

—La respuesta es lógica.

—Me halaga poder complacerte, qué bella ha sido esta noche —contestó. Lentamente se acercó, acarició mi mejilla y mordió mis labios.

—¿Qué pasará después?

—Nada. No pasará nada —dijo guiñando.

Me quedé callada.

«Seguro fue solo sexo para ella», pensé. Estaba enfadada, me sentía usada. Debo admitir que muy bien usada. Lo había gozado como ninguna otra vez. Sería imposible para mí olvidar esa noche, esos gritos, ese placer tan especial... esa mujer. Decidí seguir, después el tiempo pasó lento. Seguí cogiéndomela como pude. Por ganas, por capricho y orgullo. En la tina, en la regadera, la cama, la cocina, el sillón, el piso, el escritorio y en todos los lugares donde fue posible. Quería que me recordara, que deseara estar conmigo otra vez.

Al amanecer, nos quedamos dormidas en la recámara. Cuando desperté era demasiado tarde. Ella no estaba, la busqué por todo el departamento. ¿Lo peor de todo? No sabía con quién había cogido toda la noche, ni su nombre, ni su edad, no sabía absolutamente nada.

Me vestí y me senté en la orilla de la cama. Estaba desesperada. Trataba de buscar alguna pista, algo que me dijera un poco de ella, pero nada, en ese lugar no había ni una foto suya. Estaba perdida.

Después de unas horas llegó.

—¿Dónde estabas?

—Tuve que salir a hacer unas cosas, no quise despertarte. Te traje algo de comer, debo irme

a trabajar.

—¿A esta hora?

—Sí, puedes quedarte si quieres. No creo regresar en unos días.

—¿Puedo verte de nuevo? —pregunté.

—Tal vez —contestó—. No me lo tomes a mal, pero no hago esto muy a menudo. Puedes venir a buscarme en unos días. Ya veremos qué sucede después.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Ariadna —dijo apresurada.

—Soy Grisel. —Hice una pausa—. Entonces llámame si tienes ganas... de salir o algo así.

Tomé mis cosas y me largué. Estaba enfadada por su rara manera de ser. Empecé a caminar rumbo a la avenida, hacía frío, así que me apresuré. Llegué a casa, me preparé un café y caí rendida sobre mi cama.

Desperté hasta el día siguiente. No dejaba de pensar en lo que pasó. Me bañé y noté que había moretones por todo mi cuerpo, moretones que habían valido la pena. Me vestí, maquillé un poco, tomé mi saco y lo revisé. Encontré un pedazo de papel arrugado que decía:

“Fue una noche increíble, ojalá se repita alguna vez. Encuéntrame.”

Pensé que era una broma. ¿Encontrarla? Hace unas horas me había dado a entender que fui la aventura de una noche. En ese momento me jodí la vida. No hubo día que no pensara en ella, en nosotras. No existió momento en el que no deseara devorarla de nuevo. Iba casi diario al lugar don-

de nos conocimos para ver si la encontraba, pero no tenía suerte. La busqué en su apartamento y me encontré con la sorpresa de que se había ido. Tenía la esperanza de encontrarla en algún instante, pero no había ni puto rastro de ella. Se la había tragado la tierra.

Era perfecta para mis ojos, mis manos, mi cuerpo y mis ganas. Tenía todo lo que siempre había querido en una mujer. Una que no se cansara, que me pidiera siempre más, que fuera misteriosa y entregada, loca y atrevida. Hermosa, así como ella. Me sentía frustrada. No tenía muchos conocidos, la mayoría de ellos eran hipócritas e interesados, ¿y para qué quejarme? Yo era igual.

Muy pocas personas obtenían mi atención y mi apoyo. Con el tiempo aprendí que no debía confiar en cualquiera, porque la única que siempre iba a estar conmigo sería yo. Puede sonar amargado, y tal vez lo sea, pero a veces entregar tanto de ti y recibir pura pendejada resulta desgastante. Mis amigos eran pocos y estaban en otros países. No tenía mucho contacto con ellos, y si lo tenía de seguro no querría conversar de cosas tan absurdas como las que me pasaban, porque hasta vergüenza me daba.

Eso de tener sexo toda la noche era increíble, pero haberme aferrado a ella era ridículo. ¿Por qué? Muy simple, era la primera vez que me pasaba. Ante todos yo era loca, atrevida y de esas que no se amarraban a nadie. Sería fácil creer que me había metido con alguien sin saber un poco de su vida. Aun así, sabiendo los riesgos que implicaba.

No tenía a quién contarle, a alguien que me creyera y pudiera entenderme. Me sentía sola.

Podría contarle a mi tía, pero no creí que le fuera gratificante escuchar que me había cogido a una desconocida toda la noche. Por lo tanto, me lo guardé. Decidí distraerme y seguir con mi vida. A fin de cuentas no servía esperar, no tenía idea de dónde encontrarla y no había manera de empezar a buscarla. Todo lo que era posible ya lo había hecho sin obtener ningún resultado.

Comprendí que lo de esa noche había sido un sueño hecho realidad, no más que eso. No volvería a pasar, era casi imposible que nuestros destinos se juntaran.

2

Fue difícil para mí. La soñaba demasiado, seguía callándome todo recuerdo porque no tenía caso contarlo. En aquel tiempo conocí a muchas personas, pero con ninguna me daba ganas intentar algo. La mayoría buscaba algo pasajero, y he de admitir que eso me sirvió para distraerme y pensar en otras cosas. Todo era mejor cuando mis relaciones terminaban en la cama porque realmente no encontraba la manera de entregarme en otra forma, y estoy casi segura de que ni siquiera en la cama logré hacerlo en su totalidad. Traté de vivir lo más que pude para encontrar una razón, algo que me mantuviera tranquila y con ganas de seguir intentando encontrar a alguien que me valiera la pena, pero nadie logró cautivar mi atención como lo hizo ella. Muchas personas despertaron mi interés, el problema fue que nadie logró mantenerlo.

Mi vida era una completa rutina, una peor que la de antes. Me la pasaba trabajando todo el día.

Mantenerme ocupada fue lo mejor que pude hacer, aunque me siguiera sintiendo sola.

Después de un tiempo, creí prudente tener a alguien e intentar una relación seria. No esperaba el resto de mis días por una mujer de la que no sabía absolutamente nada. La dejé en mis recuerdos, entre los mejores —por razones completamente obvias.

Había alguien que me agradaba, su nombre era Sara. No preguntes cómo lo supe, el problema con ella era que quizá no podría corresponderme, y si no podía entonces no había nada que yo pudiera hacer. Mi intuición decía que, por su forma de actuar y de mirarme cada que me la encontraba, era posible que tuviera una oportunidad. Tenía que hacer el intento.

Algunas veces nos cruzábamos en la calle, llegábamos regularmente a la misma hora. Era responsable y risueña, tenía carácter. Su cabello era largo y negro, su sonrisa era hermosa, sus ojos también. Yo era más alta, lo cual me resultaba lindo. Trabajaba todo el día en el hospital, era doctora.

Si me lo preguntas, siempre tuve una que otra fantasía con personas de dicho medio. Me parecían muy interesantes, apasionadas y atractivas.

Debía encontrar la manera de acercarme a ella o hablarle... sinceramente no me resultaba complicado porque seguía siendo aquella tipa atrevida y descarada, con falsos aires de valiente. Me propuse invitarla a salir y tomar algo, lo peor que podía pasar era que dijera que no, y si lo hacía mi vida seguiría igual. El primer paso era hablarle, lo demás se daría. Al día siguiente la vi en una cafe-

tería cerca del hospital. Me armé de valor.

—¿Te molesta si me siento?

—De ninguna manera, adelante —contestó.

—Tal vez te parezca directo lo que te voy a decir, —hice una pausa y sonreí— tus ojos me parecen hermosos, me encanta cuando te encuentro por casualidad. Me gustas.

Se quedó callada y se sonrojó un poco.

—Me agrada tu sinceridad, no cualquiera podría decir algo así, con la facilidad que tú lo haces —aseguró.

—Creí que no podría hacerlo, pero la verdad no veo por qué perder más el tiempo.

—Me parece bien —dijo mientras miraba su reloj—. Es tarde, ¿te parece si nos vemos después?

—Por supuesto, cuando quieras. —Hice una pausa—. Grisel Rendón, este es mi número, llama cuando gustes. Podríamos ir a tomar algo —contesté mientras anotaba mi número en una servilleta.

—Sara Duval, un placer conocerte. Yo te llamaré. —Sonrió y se fue.

Tenía más oportunidades de las que creí tener, eso era bueno. Y es que ella nunca dijo “sí” pero tampoco dijo “no” o el típico “gracias, pero soy heterosexual”, eso ya era bastante. Me levanté y fui a trabajar. Fue un día pesado, había muchos casos en el despacho. Cuando terminó mi jornada, fui a casa. Me serví un poco de vino y me senté a leer. Desde niña fui amante de los libros, amante de la capacidad que tenía para perderme en las letras. Me enredaban tanto en las historias que el tiempo pasaba volando.

Había libros que me deprimían o me recor-

daban a aquella loca, pero yo estaba aferrada a enterrar su recuerdo lo más posible porque no quería seguir lastimándome y porque sabía que no regresaría. Intentaba guardar mis sentimientos hacia ella, pero esa mujer luchaba por sobrevivir en mi memoria.

Desear estar con ella era una quimera. Un monstruo que se apoderaba de mis sentimientos y virtudes, pero un sueño también, uno lleno de ilusiones y fantasías. Todo ficticio por desgracia.

La mañana siguiente no vi a Sara, su sonrisa no pudo alegrarme el día. De hecho pasaron días sin que la viera. Supuse que estaba de vacaciones o que tenía otro turno. ¿El problema? Yo no tenía su número, ella tenía el mío. Lo sé, fui estúpida otra vez.

Recuerdo que dio señales de vida después de unos días. Yo estaba sentada en la cafetería fumando y leyendo unos pendientes del trabajo en una de las mesas que había afuera.

De repente sentí su mirada. Estaba del otro lado de la calle, me miró y se detuvo. Se le escapó una sonrisa y un “Que tengas lindo día, Grisel”. La emoción me duró largo rato. Al menos se acordaba de mi nombre, y creí un buen gesto de su parte detenerse a mirarme y desearme un lindo día. Tenía la esperanza de que algo sucediera entre las dos.

Ese día por la noche, mientras cenaba, mi celular sonó. Número desconocido. Creí que era ella. Me emocioné tanto que ni siquiera pude tragar el bocado que tenía en la boca.

—¿Sí?

—Gris, ¿por qué no has llamado?

—Ah, hola, tía. Disculpa... he estado algo ocupada... ya sabes.

—Nada de peros, necesito verte.

—¿Pasa algo? —pregunté preocupada.

—Si estuvieras un poco más al pendiente de esta vieja, lo sabrías.

—Te escuchas molesta, ya te dije que lo siento.

—La próxima semana llego a Nueva York. ¿Puedes pasar por mí?

Nunca me hablaba de ese modo. Creí que algo andaba bastante mal, su costumbre de hacerse la misteriosa no fallaba. El teléfono sonó de nuevo.

—¿Qué pasa, tía?

—Hola, Grisel, soy Sara.

—Caray, perdón. Creí que jamás llamarías.

Me sentí la más estúpida por creer que era mi tía de nuevo, pero esas cosas tontas pasan.

—Me siento una tonta, no sé qué decir —dijo mientras reía.

—Tu risa es contagiosa. Yo tampoco sé qué decir, no eres la única que se siente tonta.

—¿Te parece si tomamos un café mañana antes del trabajo?

—¿Te parece bien a las 6:30?

—Ahí te veo, que tengas linda noche.

—Gracias, igual tú.

Entré en pánico. No sabía por qué me ponía tan nerviosa, quizá no quería arruinarlo. Desde hace años me había dado cuenta de que lo primero que me atraía de una mujer era su femineidad. En niveles normales, claro. Me encantaba. A veces influía más su forma de pensar y de ser, de actuar y de creer, pero lo que me mataba era eso: el toque femenino... ni muy exagerado, ni muy tenue.

Al día siguiente me levanté muy temprano y me arreglé lo poquito que me era permitido. Me perfumé, pinté mis labios de rojo, puse un poco de rímel en mis pestañas y dejé suelto mi cabello. Solo los días que consideraba especiales lo llevaba así. Siempre me peinaba por cuestiones laborales, pero no era mucho de mi agrado.

Llegué a la cafetería a las 6:20. A las 6:30 mis nervios y mi ansiedad habían aumentado. 6:40 y no llegaba. 6:50 y ni un mensaje o llamada. 7:00, comenzaba a desesperarme. 7:10, decidí ordenar. 7:20, la llamé y no respondió. 7:30, ya estaba enfadada. 7:40, me dejó plantada.

«¿Por qué no avisarme nada?».

Pensé que tal vez se había quedado dormida, que había tenido algún problema o que yo era muy estúpida e ingenua y simplemente me había plantado por gusto.

Me fui a trabajar y no estaba tan animada como creí que estaría. Estaba molesta. Después de todo, un mensaje no le tomaba mucho tiempo. Pudo escribirme, decirme que no podría llegar, y no lo hizo.

El día se me hizo eterno. Antes de salir de la oficina, me puse el abrigo y comencé a sentirme mal. Sentía que me iba a resfriar.

Cuando salí ella estaba frente a la puerta, recargada en un carro. Sonrió al verme. Yo no pude hacer lo mismo debido a mi enfado. Me porté algo indiferente, debo suponer.

—De verdad lo siento —dijo mientras yo me acercaba.

—¿Tienes un buen pretexto?

—No es bueno, pero es sincero. Me quedé dor-

mida, el carro se descompuso y perdí tiempo.

—¿Por qué no me escribiste?

—Tuve que prestarle el celular a mi hermano, se descompuso el suyo y se lo llevó en la mañana. No tengo equipo por ahora. Solo tengo el radio del trabajo y no tengo tu número.

—Mmmm...

—Qué bonita te ves enojada, ¿sabes? Muy bonita —dijo sonriendo.

—No es justo, sabías que con eso sonreiría.

Se me escapó la risa nerviosa que siempre se apoderaba de mí cada que hablaba con ella.

—Solo dije la verdad —sonrió—. Esto es para ti —dijo mientras sacaba una rosa roja de su bolsa—. Perdóname, preciosa, no volverá a pasar. ¿Vamos a cenar? Me escapé para verte.

—No deberías escaparte solo para verme.

Me sonrojé.

—Valió la pena.

Le di un beso en la mejilla.

—Vamos a cenar. Aunque me siento un poco mal, creo que me voy a resfriar.

—Te llevo a tu casa mejor. Ahí cenamos. Hace mucho frío como para que estés afuera.

Tomamos un taxi y fuimos a la casa. Llegamos y me dijo que me pusiera cómoda, que ella me consentiría y que me cuidaría hasta que me sintiera mejor. Fue muy tierno de su parte. Quería preparar la cena y hacerme un té, pero no sabía en dónde estaban las cosas. No dejaba de preguntarme por todo. Le di lo que necesitaba y me pidió que me sentara en el sillón. No dejaba de observarla, era muy linda. Preparó sándwiches de jamón con queso y un té calentito de canela,

me dio unas pastillas y se quitó la chamarra, me la puso encima y después me abrazó.

Entre bromas y risas el tiempo pasó, la llamaron y tuvo que irse. Me llevó a mi recámara, cerró las cortinas, acomodó la cama y encendió la lámpara de mi buró. Esperó a que me acostara y me cobijó, después le di su chamarra. Se acercó y me dio un beso en la frente.

Cerró la puerta.

Al día siguiente me llamó.

—¿Cómo te sientes?

—Tus pastillas son mágicas.

—Es la ventaja de ser doctora —dijo riendo—. ¿Te parece bien si comemos juntas?

—Está perfecto. ¿Qué preparo?

—¿Bromeas? Yo llevo la comida.

—Me estás consintiendo demasiado, podría acostumbrarme.

—Mejor para mí. Te veo en un rato, llegó mi paciente.

Me bañé y me maquillé lo más que pude, aunque la cara de enferma no me la quitaría nada. Limpié y ordené un poco la casa.

De repente escuché el timbre. La verdad no sabía si era la primera o la enésima vez que tocaban, no escuchaba nada por la música. Era lo que más me gustaba de vivir sola: poner música a todo volumen y cantar como loca. Me arreglé un poquito el cabello y respiré.

Abrí la puerta y lo primero que vi fue un arreglo de rosas rojas.

—¿Grisel Rendón? ¿Puede firmar aquí?

Tomé el arreglo y cerré la puerta con el pie. No podía dejar de verlo, la sonrisa no me desaparecía

por nada. Me senté en el comedor y olí las rosas. Eran mis favoritas. Había una tarjeta.

“Para mí es un verdadero placer consentirte de todas las maneras posibles. Espero que te recuperes pronto. Sara.”

Estaba muy emocionada, ilusionada y contenta. Ya quería verla, abrazarla y agradecerle por sus atenciones y detalles, por esas sonrisas que me provocaba al existir y por estar al pendiente de mí.

Tiempo después llegó con una pizza en las manos y un pastel pequeño de chocolate. Esa mujer me quería ganar, me fascinaba todo lo que hacía. Parecía que leía mi mente, hacía que todo fuera bueno.

Pasamos la tarde juntas, y comimos hasta reventar, platicamos un poco de nuestros intereses. Fue lindo estar con ella y compartirle un poco de mí mientras tomamos varias tazas de café.

Estuvimos en el sillón acostadas, mirando el techo mientras me abrazaba. Hasta el silencio me resultaba encantador entre sus brazos, sintiendo su aroma tan cerquita de mí.

—¿Color favorito? —preguntó.

—Azul.

—¿Como el del cielo?

—Cualquier tipo de azul. ¿Y el tuyo?

—Rojo.

—¿Como el de la sangre? —pregunté riendo. Soltó una carcajada y se puso seria enseguida, giró la cabeza y fijó sus ojos en los míos.

—Como el de tus labios, —aseguró— ese es el rojo más bonito.

—Seguramente estoy roja por la pena, ¿cierto?

—Estás en lo correcto. Qué bonita te ves.

—Caray, ¿cómo voy a desaparecer esta sonrisa si te la pasas diciendo cosas bonitas?

Acaricié su mejilla.

—La verdad es que no quiero que desaparezca. Tu sonrisa es el motivo más hermoso y lógico de la mía, es la sonrisa más bonita.

—¡Basta! —exclamé emocionada—. Mi sonrisa no podría ser más grande, aunque te confieso que en estos momentos debería, pero esta sonrisa sencilla, sincera y “bonita”, como tú le dices, es gracias a ti, a tus detalles, a tu belleza, y a todo lo que tenga que ver contigo y me lleve a ti.

Sonreímos juntas y nos abrazamos. Vimos el techo por un par de horas más. A veces volteaba a mirarme de una forma tierna e inocente mientras reía sin darse cuenta.

Recuerdo que fue muy lindo que se recostara en mi pecho, me encantaba oler su cabello y recargar mi barbilla en su cabeza. Ella me gustaba de una forma bonita y sincera, completamente franca e inevitable.

Y es que era una mujer que te incitaba a soñar al mirarle a los ojos, al verla reír o caminar. Una mujer llena de vida, llena de una chispa única, de esas que te atrapan lo quieras o no.

—¿Te ayudo con los platos? —preguntó mientras me abrazaba por atrás y se paraba de puntitas para darme un beso en la mejilla.

—Ya casi termino, gracias. Ve al sillón, ya voy.

—No quiero dejar de abrazarte.

—Está bien, no dejes de hacerlo.

Esperó a que terminara de lavar los trastes y,

justo cuando dejé el último plato en el escurridor, pasó lo más bonito de la noche.

—Ya no puedo aguantar más —dijo. Me tomó de la cintura, me giró y me vio a los ojos. Tomó mi cabeza con ambas manos y se acercó de manera arrebatada. Su sonrisa estaba muy cerca de mi boca. Nos besamos.

Amé ese momento. Ella tenía hambre de mis labios y yo planeaba llenarle de besos siempre. Después de ese beso todo cambió, comprendí que sería demasiado tonto no darme una oportunidad, que sería absurdo si no me aprovechaba de lo ocurrido. Con ella me daban ganas de hacer muchas cosas, me gustaba bien. Me gustaba para mí nada más.

No hablamos mucho, eran más besos llenos de ganas que otra cosa, ganas que decían más que mil palabras juntas. Besos que dejaban todo claro.

Se fue a media noche, admito que moría por pedirle que se quedara. Pero sabía que eso podría implicar otras cosas y no quería arruinar un buen comienzo... si es que ella quería uno.

3

A la semana siguiente llegó mi tía Chío. Me preocupaba lo que pasaba. Fui por ella al aeropuerto y la llevé a casa. Estaba muda, como si fuera el fin del mundo, como si alguien hubiera muerto. Me asusté.

Mientras estaba al volante le pregunté cómo marchaba todo. Ella solo decía que tenía que esperar y ser fuerte. ¡Carajo! No sabía de qué hablaba.

Después de saciarnos con su platillo favorito, lasaña vegetariana, nos sentamos a platicar mien-

tras ambas sosteníamos una taza de café.

—Sigues cocinando tan rico como cuando eras una jovencita.

Sonreí y le tomé las manos.

—Me preocupas, Chío.

—Y no es para menos, Gris. Han pasado quince años desde que te recibí en mi casa y puedo recordarlo todo con claridad, pero esta vieja ya ha vivido demasiado...

—¿De qué estás hablando, tía? —interrumpí.

—Quiero decir que el tiempo no pasa en balde, hija. Mi cabello está cubierto de canas, ¿lo ves? No me he sentido nada bien, siento que ya no puedo respirar, toso todo el tiempo, ¿sabes? Y antes de que lo digas... sí, ya lo dejé.

Chío fumaba muchísimo desde que mamá murió. Una cajetilla y media diaria. Eso la había consumido.

—Bueno, entonces debemos ir a un doctor para que te den medicamentos.

—No hace falta, ya lo hice. Tranquila, conozco tu voz de ansiedad cuando quieres solucionar los problemas. Pero esta vez no hay una solución, vine a despedirme de ti.

El silencio inundó mi departamento y me sentí indefensa, como cuando era niña. No sabía qué decirle ni cómo mirarla a los ojos sin derrumbarme. Aventarme a sus brazos llorando no sería algo muy bueno para ella, pero también sabía que, no decirle nada podría entenderse como indiferencia. Desde luego no se trataba de eso. Me sentí la peor mierda del mundo por descuidarla tanto y no estar al pendiente de ella. Pero ¿de qué me servía el arrepentimiento? Mi viejita se me estaba

yendo. Me lancé a sus brazos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—Eso ni los doctores lo saben. Tengo cáncer pulmonar. Si vivo un año ya fue mucha suerte.

Cuando dijo eso me detuve a observarla, sin poder escuchar sus palabras con mucha atención. En efecto, había perdido peso desde que la vi por última vez y su voz era ronca de tanto que tosía.

Yo quería que se quedara conmigo hasta el último momento, pero ella quería estar en su casa y seguir con su vida. Chío era demasiado necia. Consideré mudarme con ella de nuevo y cuidarla, pero se negó. Decía que la soledad era buena si sabías aprovecharla. Y tenía toda la razón, eso lo aprendí de ella. Yo deseaba complacerla en todo, era lo menos que podía hacer por mi viejita... después de todo, después de tanto.

Estuvo en mi casa unas semanas e incluso conoció a Sara. Ella la revisó un par de veces cuando se sintió mal. Después regresó a su casa y viajó durante el resto de su poca vida. Hablábamos cada tercer día. Le encantaba contarme sus aventuras, a mí me fascinaba escucharlas.

No me gusta mucho hablar de esto, creo que es una de las cosas más difíciles en mi vida... y mira que ni siquiera te he contado todo.

Tal vez en algún momento pueda dar más detalles sobre este punto.

4

Regresemos a ella. Los meses pasaron y cada día le tomaba más cariño. Cada momento con Sara era perfecto. Aunque durara horas o minutos, lo era por completo. Necesitaba saber de ella,

quería conocer sus inquietudes y problemas. Lo quería saber todo, era la única forma de mantenerme satisfecha. Si se trataba de conocerle, jamás había un punto satisfactorio.

A veces pasaban días sin que supiera de ella o sin que escuchara su voz, pero lo comprendía, sabía que no toda su atención podía ser para mí, entendía que estaba ocupada y que cuando tuviera tiempo me buscaría.

Eso de quererle implicaba muchas cosas. Darle su espacio, entenderla sin juzgar y no ser tan dramática cuando se trataba de lo nuestro: esa era mi estrategia. Funcionaba bien para extrañarnos lo suficiente... sin excedernos. Lo necesario para que, cada que estaba conmigo de nuevo, no quisiera separarse de mí ni por equivocación. Tiempo para disfrutarnos, sin presiones, sin reglas, sin nada.

Una noche me escribió:

“Vamos a tomar un trago, estoy en el bar del hotel que está al lado del hospital. Te veo en una hora, preciosa. Sara”.

Busqué entre mi ropa alguna prenda que me hiciera sentir bien conmigo misma, cosa muy difícil para mí y mi autoestima.

Llegué al bar del hotel y ahí estaba, sentada en la barra. Me acerqué. Traté de mantenerme tranquila, de eliminar los nervios que solían dominarme cada que la tenía cerca.

—Qué bonita te ves —susurré mientras tocaba su espalda.

—La bonita eres tú. —Hizo una pausa y tomó

un trago largo—. Lo lamento, he estado muy ocupada. El trabajo ha estado un poco pesado.

—¿Le ofrezco algo de beber, señorita? —dijo el hombre que atendía la barra.

—Dame una cerveza, por favor. ¡Estoy muy emocionada!

—Ah, ¿sí? ¿Puedo saber por qué?

—Porque llamaste y eso significa demasiado —admití.

—¿Qué significa para ti?

—Verás, el hecho de que llamas puede tener muchas interpretaciones. Puedo creer que te interesas en mí para algo más, como yo en ti. Que buscas sexo o que simplemente buscas compañía hoy. Aunque puede haber una opción más... —dije vacilando.

—No me digas, ¿cuál? —interrumpió mientras soltaba una carcajada.

—Tal vez solo buscas una amiga —respondí riendo.

—Me intereso en ti, quiero sexo y compañía, pero no nadamás hoy. Todos los días. Amigas tengo, pero si puedes ser eso que necesito y mi amiga a la vez, estaría perfecto —dijo mientras me miraba con esos bellos, grandes e intimidantes ojos negros.

¡Qué suerte la mía! La única persona que había despertado un interés en mí de nuevo, y había logrado mantenerlo, quería estar conmigo. Esta vez sabía a qué se dedicaba, la había observado desde hace meses. Me encantaban sus besos, el tiempo se me pasaba volando entre sus labios.

Platicamos por horas, hasta que el lugar se quedó solo. Se acercó a mí y me susurró que la

llevara a un lugar donde pudiéramos divertirnos.

Decidí llevarla a mi casa. Parecíamos unas locas, para ser franca ni siquiera sé cómo llegamos.

Amaba nuestro coqueteo, nuestras bromas, la química entre las dos. Parecíamos dos chiquillas que se conocían desde siempre, sin vergüenza de nada. Teníamos lo necesario para ser felices la mayor parte del tiempo.

Lo único que recuerdo a partir de ese momento es que nos comimos de todas las formas posibles. Parecía que esa mujer no había estado con nadie durante mucho tiempo, se le notaba en la intensidad de sus besos, en cómo enterraba sus dientes en mi espalda y en toda mi piel. No había tranquilidad en sus movimientos, eran rápidos y desesperados. Me arrancó la ropa como pudo, me empujó contra lo que podía, era tosca y salvaje. No me agradó del todo que el primer encuentro fuera así.

No sé por qué lo hacía, pero me mordía con mucha fuerza, como si quisiera destrozarme cada parte del cuerpo. Me encantaban sus mordidas, pero comenzaron a molestarme después. Su fuerza era exagerada. Su lengua era muy larga, eso fue un punto a su favor, mi vagina pudo disfrutar de sus habilidades. Nos besamos mucho, la masturbé hasta que se quedó dormida. Estaba algo borracha.

La dejé durmiendo, me vestí y fui a la sala. Saqué los cigarrillos y un encendedor de mi bolsa. Salí a la terraza a fumar. Me sentía rara. Vacía. No tenía ganas de dormir. Recordé a aquella mujer. Comenzaba a enfadarme mi actitud, no sabía cómo era posible que siguiera recordándola a pesar

de todo el tiempo que había pasado... y a pesar de Sara. Era absurdo, era demasiado.

No dejaba de pensar en aquella noche.

Tomé una libreta y escribí:

“Patéticos y ridículos. Todos somos así, ¿por qué? Ahora te explico. Soñamos siempre con una persona que nos quiera más que a nada, que nos cuide y nos ponga atención. Y cuando esa persona llega, nos negamos la oportunidad de descubrir algo nuevo... por cobardía, por miedo, por sinceridad y delicadeza para no lastimar, por valentía y orgullo para defender realmente lo que queremos, simplemente por desear otros labios.

A pesar de que ese alguien nos lastime y nos haga llorar, aunque no nos aprecie como debería apreciarnos, seguimos ahí, fieles a su amor, conformistas y a la espera de su llegada. Pacientes y ansiosos, esperanzados a que esa persona nos voltee a ver, nos valore o piense un poquito de lo que nosotros pensamos de ella, de su sonrisa, de todas esas cosas que nos encantan y nos tienen enamorados... con la más grande ilusión de que deje todo y corra a nuestros brazos, aunque sabemos que eso difícilmente sucederá. Y mientras nosotros anhelamos, es probable que exista alguien que piense lo mismo, alguien que esté sufriendo porque no sabemos valorarlo.

Así somos, patéticos y ridículos.”

Hasta mis versos la revivían. Necesitaba olvidarla, dejar de aferrarme a ella. Me fui a dormir después de fumar varios cigarrillos.

Cuando desperté, Sara no estaba en la cama pero había una rosa roja sobre su almohada y una nota.

“Qué bonita noche. Eres hermosa.”

Pensé en Ariadna. Con el tiempo aprendes que cuando piensas tanto en una persona, todo conspira para no dejarte olvidarla. Así es siempre. Todo lo relacionas con ella. Absolutamente todo. Hablando de colores, de música, de comida, de cualquier detalle. El punto es recordarla.

Fui a buscar a Sara. Supuse que me estaría haciendo el desayuno. Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina. Ahí estaba. La abracé por detrás, mientras le daba un beso en la mejilla.

—¿Quieres café?

—Con una de azúcar, por favor.

—Te preparé el desayuno —dijo, mientras me acercaba pan con mantequilla y mermelada, un vaso con leche y café—. Te dejé fruta en el refrigerador, por si quieres comer un poco.

—¿Tú ya desayunaste?

—Desde hace un rato, cuando desperté.

—Sara... ¿qué sigue después de esto?

—Pasaré lo que quieras que pase —respondió de golpe—. Si me lo permites quiero ser tu novia, tu amante, esa compañía de todos los días. Tu amiga y confidente. Quiero estar contigo. Realmente no sé qué es lo que esperas de mí.

Al fin había llegado alguien que podía valer mi tiempo, que podía regresarme las ganas y distraerme de aquella mujer. Alguien que estaría conmigo en las buenas y en las malas, que me

apoyaría y comprendería. Pero ¿yo podría superar mi pasado?

Platicamos un largo rato y dejamos las cosas claras. Lo nuestro sería formal. No habría nada de juegos en nuestra relación... a menos que fueran sexuales, por supuesto. Le dije que no eran necesarias las mentiras o que tuviera aventuras con cualquier otra persona, que yo podía ofrecerle lo que necesitaba, pero que ya no podía confiar en nadie porque me habían visto la cara muchas veces.

Se lo advertí. No estaría dispuesta a tolerarle cosas de ese tipo, cosas tan bajas. Ya había tenido suficiente de eso a lo largo de mi vida. Tanto ella como yo daríamos todo para que funcionara. Estábamos de acuerdo en confiarnos todo y en querernos bien.

Parecía una buena chica, una persona que tenía ganas de amar y ser correspondida como debía ser. A cogidas y basándose en actos, no solo en palabras bonitas. Ser amada de todas las formas posibles.

Al paso del tiempo todo marchaba bien. Desayunábamos casi siempre en la cafetería donde hablamos por primera vez, reíamos a carcajadas, la pasábamos realmente bien. Ella no dejaba de mandarme mensajes de texto cada que podía, era lindísima. Casi no podíamos vernos durante el día, pero la mayoría de las noches, cuando ella no tenía que hacer guardia en el hospital, nos divertíamos como podíamos. Íbamos al cine, a tomar una copa, a cenar.

Hacíamos el amor. A veces en mi casa, a veces en la suya, en su coche o donde pudiéramos, pero

lo hacíamos.

Poco a poco me gustaba más lo que teníamos. Me sentía tranquila y contenta.

Su sonrisa me encantaba. Estaba ilusionada con ella. Creí que era una buena oportunidad, que podía enamorarme. Los días pasaban y no dejaba de sorprenderme por sus detalles y atenciones. Me conquistó poco a poco. Nos conquistamos.

5

Después de aproximadamente seis meses de relación, decidimos vivir juntas. Admito que fue algo precipitado, pero al principio fue maravilloso. Nos entendíamos bien y éramos organizadas, lo suficiente como para mantener el mayor orden posible.

Nos consentíamos, estábamos contentas una con la otra. En todas las relaciones hay problemas y la nuestra no era la excepción, pero después de gritos y peleas tontas sabíamos cómo arreglarnos.

Conocía tanto de ella: los gestos que se adueñaban de su mirada de acuerdo a cada sentimiento. Coraje, tristeza, desesperación, berrinches, celos, angustia, placer, cada que se sentía inconforme o preocupada. Sabía cuando algo no andaba bien, cuando necesitaba un abrazo, silencio o ambas cosas. Cuando quería que la escuchara o simplemente gritar. Sabía si deseaba ahogarse en alcohol, y podía distinguir cuándo era por diversión o por tristeza. Le tenía aprecio, cariño, locura, pasión. Ella quería que tuviéramos un bebé. Más bien su idea era que yo lo tuviera. Me negué porque no estaba preparada. Jamás había pensa-

do en tener un hijo. No quería ser una mala madre, como la mía lo fue conmigo. No quería pasar incomodidades. Deseaba esperar el momento correcto para tomar una decisión de ese tipo.

6

Regina. Ese era el nombre de mi madre. Había pasado por situaciones desagradables a lo largo de su vida. No hablábamos mucho del tema. Ni

¿Quieres continuar leyendo este libro?

¡ADQUIÉRELO!

Dale clic aquí



Envío GRATIS a toda
la República Mexicana

Encuétralo en tu
librería favorita

¿Tienes alguna duda?

CONTÁCTANOS

lectores@endira.com.mx



EditorialEndiraMX